

JOSE HIERRO Y SU POESIA DE CARNE Y HUESO

Escribe: OSCAR HECHEVERRI MEJIA

Si la poesía es, ante todo, el espejo de lo que pasó, antes que el de lo que pasa en el instante, tiene razón la poesía de José Hierro (1). "Todo tiempo pasado fue mejor", se decía antes y hay quien lo dice ahora. Y es que no podemos juzgar ni cantar nuestras presentes sensaciones. Quizá por ese afán de sinceridad, por ese darse en el verso en el momento mismo de vivirlo, muchas hermosas poesías de nuestros abuelos yacen ahora enterradas, más enterradas aun que ellos. La poesía de hoy no es menos sincera, pero es más intemporal y por ende más eterna.

Y eso es la poesía de José Hierro: intemporalidad fincada en el tiempo, eternidad nacida del instante. Hierro es un atormentado de la fugacidad de las horas, pero las deja correr para ir luego tras ellas como un desesperado. Y como las horas —igual que los ríos— no regresan, nuestro poeta tira la honda de su verso limpio hacia atrás y caza a esas fugitivas y efímeras Dianas. El resultado es su poesía llena de nostalgia:

*"... (Sumido
en la vida de hoy, alcanzo
la vida de ayer)".*

Para Hierro, como para todo verdadero poeta, el tiempo es el más terrible enigma, la más constante preocupación. El tiempo, o sea la muerte, pues aquel es el más eficaz aliado de la destrucción. Pero el tiempo no asusta a Hierro como a los poetas fatalistas; al contrario de estos, que viven mirando hacia la muerte en función de futuro, es decir de lo que les sobrevendrá; que piensan solo en los estragos que en lo *actual* hará su mano de hierro y hielo; que más se duelen de la derrota física de la muerte. Al contrario de estos poetas del presente hacia el futuro, Hierro sufre y canta las horas ya idas, esa más terrible muerte de mirar desde el presente lo que ya fue. Y esa agonía produce en él un verso pleno de vivencia:

*"Presente y pasado chocan
en mi canto, y queda erguido
el pasado...".*

(1) Nació en Madrid, en 1922. Ha publicado 8 libros de poesía, del último de los cuales, "Cuánto sé de mí", aparecido en 1957, he tomado las citas de este artículo. Reside actualmente en Madrid, en donde acaba de recibir el Premio Marsh de Poesía, de 300.000 pesetas.

La vida es como una sinfonía, con sus movimientos, sus notas tristes y alegres; y como una sinfonía, solo cuando se la interpreta *es*. El poeta es el artifice de su propia melodía: compositor y ejecutante al mismo tiempo. Y eso es José Hierro: un hombre que da la espalda al tiempo presente y al futuro y se pone a *componer* sus canciones, sus sonatas, y sus sinfonías mirando hacia el pasado que para él es el único presente:

*"Buscas los días. Te aferras a escenas
que son el reflejo de un sueño en la sombra de un sueño".*

Y nombra las cosas pasadas, perecederas, las que "unidas sois un acorde de la eternidad...", porque

*"Nombraros no es poseeros
para siempre, cosas, nombres?"
Y canta al instante eterno que forman sus fugados instantes:*

*"... Quiero
todo aquello que ha sido
el instante, su carne
y su alma (no solo
su alma) lo que el tiempo
roe (no lo que el tiempo
purifica)".*

El mismo lo ha dicho: "Mis versos no podrán dejar de ser un testimonio, un diario, una suma de instantes vividos con intensidad". Por eso la poesía de Hierro es auténtica y perdurable. Por eso y porque está escrita en un verso directo, purificado de escorias retóricas y de falsos sentimentalismos. Es la poesía que el pueblo quiere leer y oír porque lo refleja, y al propio tiempo la poesía del hombre culto porque está vivida y escrita por un poeta completo, por un estilista del verso y un bohemio de la vida. "Mi norma general es una: dejar el poema en los puros huesos, eliminando todo lo que no está vivo. De ahí mi aversión a lo que tantas veces es recurso para disimular la noble desnudez: adjetivos, metáforas. Mi lengua pretende ser la lengua de la calle, la que hablo con los que convivo. Palabras viejas, cargadas de sentido, que bastan al cordial entendedor".

Poesía de carne y hueso había llamado yo a la de Hierro, aún antes de leer las palabras que acabo de transcribir. Cuando se lee un poema suyo sentimos, al terminarlo, la sensación de haber degustado la quintaesencia de otro de dimensiones mayores que él escribió antes. O mejor, nos damos cuenta de que en esas pocas estrofas está resumido todo un episodio vital de tremendas proporciones. El poeta ha dejado a un lado lo accesorio, nos ha contado solamente lo imperecedero de su fugaz aventura. Dificil capacidad de síntesis no solo en el tiempo, en la armonía del verso, sino en su arquitectura verbal, en la dosis de palabras. Oigámoslo:

*"Toqué tu frente como
si me fuera a morir
un instante después".*

José Hierro es un realista. Pero un artista del realismo. Dice las cosas y cuenta las anécdotas de su vida (es un poeta personal, que ve el mundo siempre a través de sus vivencias) en forma directa y natural, sin tratar de embellecerlas pero mucho menos de rebajarlas. Cuenta la historia de sus instantes tal como fueron, sin agregarles notas falsas, ni de belleza ni de fealdad. Para él la vida no es hermosa ni deforme:

*"... Pues no hay nada
mínimo, o que ocurra en vano,
sin una razón..."*

Por el contrario:

*"Del vivir nace el cantar.
El cantar es como el vino
de sus uvas..."*

José Hierro es un poeta tan ensimismado en su poesía, que no sabemos si vive para poder cantar, o canta porque ha vivido:

*"Vino del cantar. Cantar
que es un nombre escondido
de cosas que tienen patria
en mi corazón. Un rítmico
nombrar secretos de muerte
que a mí me mantienen vivo"*

Pero no se crea que la posición de Hierro es la de los románticos, empeñados en vivir solo del pasado y sobrecogidos por el futuro. No. para él el pasado no es otro que el único presente posible. Y no se lamenta —dando gritos y llorando como lo hacían aquellos— por las horas que cayeron en su mar sin orillas, sino que forma con ellas sus poemas. Es como un río que se sabe fugaz y huye siempre, pero va dejando intacto en sus pasajeras ondas el rostro del paisaje que lo circunda:

*"... Porque
si tú sientes que ya el instante
ha muerto, nadie debe oír
el rumor de su corazón"*

En ningún poema como en su "Requiem" se pueden admirar las dos cualidades más extraordinarias de la poesía de José Hierro; su intemporalidad cargada de presente y de vivencias y su realismo:

*"Al fin y al cabo, cualquier sitio
da lo mismo para morir:
el que se aroma de romero,
el tallado en piedra o en nieve,
el empapado de petróleo"*

Ceferino Santos, S. I., dice en un comentario sobre el último libro de Hierro aparecido en "Humanidades", revista de la Universidad Pontificia

de Comillas (Santander): "Otra de las claves estéticas de José Hierro es la *autenticidad*. Prefiere supeditar la poesía al documento vivo y cálido. Prefiere callar cuando no tiene nada sincero que decir. Y fustiga a los que nada tienen que contar y suplen con palabras sonoras su falta de emoción. Son aquellos cuya letra no tiene vida y cuya música es externa, lograda a puro ripio, a puro relleno..."

No cabe duda de que José Hierro es un verdadero poeta. Un poeta que piensa en la vida que se le va de las manos, en las horas que va atesorando entre sus estrofas como el único oro digno de ser guardado. Un poeta que puede encerrar en seis versos toda su vida:

*"... Yo tuve
sinrazones. Fuí libre, como nube
que cualquier viento leve la cautiva.*

*Hablé con vivos y con muertos. Luego
conmigo y con mi Dios. Decid: "Va ciego".
Pero dejadme, por favor, que viva".*